

TERRY
PRATCHETT

LA
UTOPIA
LARGA

STEPHEN
BAXTER

Año 2045. La humanidad ha hecho frente a todo tipo de cataclismos y sigue tratando de salir adelante en el antiguo planeta de Datum. Desde que la revolución tecnológica le permitió acceso a las nuevas Tierras, nada ha vuelto a ser lo mismo.

Ni siquiera para Lobsang, que, convertido en un superordenador viejo y estropeado, trata de pasar por humano en un mundo remoto y cree estar llevando una vida de lo más corriente, la de un hombre de familia en New Springfield. Agnes y él incluso han adoptado un niño.

Entretanto, su viejo amigo Joshua ha emprendido su propio viaje: está buscando a su padre y reuniendo información sobre su familia.

Cuando Lobsang descubra que algo verdaderamente extraño y terrible está pasando bajo la superficie de su nuevo hogar, irá en busca de Joshua, convencido de que deben unir fuerzas para acabar con lo que demonios sea lo que está ocurriendo, o será eso lo que acabe con todos los mundos de la Tierra Larga.

Para Lyn y Rhianna, como siempre
T. P.

Para Sandra
S. B.

1

Febrero de 2052, en un lejano lugar de la Tierra Larga:

En otro mundo, bajo un cielo diferente —en otro universo, cuya distancia al Datum, la Tierra de la humanidad, se contaba pese a todo con una unidad de medida tan mundana como los cruces—, Joshua Valienté yacía junto a su propia hoguera. Abajo, en el fondo del valle, gruñían y resoplaban las fieras que habían salido de caza. La noche, de un violeta aterciopelado, estaba plagada de insectos: pulgas invisibles y jejenes kamikazes que se lanzaban en picado contra cada centímetro de piel que Joshua hubiera dejado a la vista.

Ya llevaba dos semanas allí y no reconocía ni a una sola de las malditas fieras con las que compartía aquel mundo. En realidad, no estaba muy seguro de dónde estaba, ni en términos geográficos ni en cuanto a distancia del Datum; no se había molestado en contar las Tierras que iba atravesando. Cuando uno se tomaba una temporada sabática, la gracia era no saber exactamente dónde se encontraba. Incluso después de más de tres décadas recorriendo la Tierra Larga, para Joshua era evidente que no había agotado aún sus maravillas.

Lo cual le estaba dando que pensar. Joshua iba a cumplir los cincuenta ese mismo año. Los aniversarios de esa clase sacaban la parte reflexiva de un hombre.

—¿Por qué ha tenido que ser todo tan extraño? —preguntó en voz alta. Estaba solo en el planeta, así que ¿por qué carajo no hablar alto?—. Todos esos mundos paralelos y demás. ¿Qué fin tiene todo? ¿Y por qué me ha tenido que pasar todo a mí?

¿Y por qué empezaba a dolerle otra vez la cabeza?

En realidad, las respuestas a algunas de esas preguntas estaban ahí fuera, tanto en la extraña geografía paralela de la Tierra Larga como enterradas en lo más hondo del pasado del propio Joshua. En concreto, una respuesta parcial sobre la verdadera naturaleza de la Tierra Larga había empezado a desvelarse en una fecha tan temprana como julio del año 2036, en los Altos Megs:

Mientras vivieron en la casa de Nuevo Springfield, que al final fue solo unos pocos años, Cassie Poulson siempre hizo todo lo posible por olvidar lo que había descubierto al cavar la bodega de la parte de atrás en el verano del 36.

A Cassie no le había convencido mucho su nuevo mundo cuando lo había pisado por primera vez, apenas un año antes de aquello. No dudaba sobre su propia capacidad para construir una casa o sacar adelante una familia, aunque fuese allí, en los parajes apenas explorados de la Tierra Larga. Tampoco le preocupaban la relación que tenía con Jeb, tan fuerte y fiable como los clavos de hierro que él ya estaba produciendo en su forja, ni las personas con las que habían caminado hasta allí, en una travesía épica de más de un millón de cruces a partir del Datum, en busca de un nuevo hogar, en uno de los infinitos mundos revelados apenas unos años antes por el pionero viaje de exploración de Joshua Valienté a bordo de uno de los primeros dirigibles de la Tierra Larga.

No, era el mundo en sí lo que la inquietaba, por lo menos al principio. La Tierra Oeste 1 217 756 estaba cubierta de bosque, y nada más que bosque. Era algo completamente marciano para una chica que se había criado casi toda la vida en Miami Oeste 4, por aquel entonces poco más que un barrio dormitorio de su metrópolis en el Datum.

Sin embargo, sus sensaciones habían mejorado a medida que terminaba el primer año. Cassie había descubierto,

con gran alegría, que allí no había estaciones propiamente dichas: ni los veranos que convertían Miami Oeste 4 en un horno abrasador ni inviernos dignos de tal nombre. La gente podía tomarse el tiempo atmosférico con calma; nunca molestaba. Entretanto, aparte del repertorio habitual de mosquitos y demás insectos con aguijón, en aquel bosque no había nada que pudiera hacer daño a una persona. Nada peor que un mordisquillo en el dedo por parte de una bola de pelo asustada. Nada siempre que una se mantuviera alejada de los ríos donde acechaban los cocodrilos y de los nidos de los pajarracos.

Y la cosa fue a mejor cuando ella y Jeb hubieron desbrozado terreno suficiente para plantar sus primeras cosechas, de trigo, patatas, lechugas y remolachas; cuando las gallinas, las cabras y los cerdos empezaron a tener crías; cuando ella y Jeb hubieron levantado, a base de martillazos, los comienzos de su propio hogar.

Sí, todo iba bien, hasta el día en que Jeb decretó que necesitaban una bodega.

Todo el mundo sabía que excavar una bodega era una precaución sensata, tanto para almacenar víveres como a modo de refugio ante peligros como los tornados y los bandidos equipados con cajas cruzadoras. Aunque Jeb y sus vecinos no preveían ningún peligro, en fin, más valía prevenir, y sería reconfortante tener un sótano antes de empezar una familia.

De modo que ahí estaba Cassie, cavando en la tierra con la pala de bronce que se había llevado a cuestas desde Miami Oeste 4, mientras Jeb andaba de batida con un grupo que trataba una vez más de cazar un pajarraco. No era un trabajo muy duro. La tierra ya estaba despejada de árboles y habían arrancado las raíces, y ella era fuerte, porque la vida de excursionista y pionera la había endurecido. Para primera hora de la tarde, Cassie, sucia y sudada, cavaba en un hoyo que ya era más profundo que ella alta.

Momento en el cual su pala, de pronto, se clavó en el aire vacío y ella cayó hacia delante.

Amortiguó la caída con las manos, retrocedió un poco, tomó aire y miró mejor. Había atravesado la pared de la incipiente bodega. Al otro lado había una intensa negrura, como una cueva. Cassie no conocía a ningún animal capaz de excavar una madriguera tan grande y profunda como aparentaba ser aquella; en el planeta había bolas de pelo que vivían bajo tierra, pero nadie había visto ninguna que fuese mucho más grande que un gato. No obstante, que nadie hubiera visto nunca un bicho así no significaba que no pudiera existir... y era muy probable que no le gustase que lo molestaran. Le convenía salir de allí.

Pero era un día tranquilo. Un par de sus vecinas charlaban mientras tomaban limonada a apenas unos metros de ella. Se sentía a salvo.

Y le picaba la curiosidad. Aquello era algo nuevo en el verano infinito e inmutable de Nuevo Springfield. Se agachó para asomarse por el agujero de la pared.

Solo para encontrar una cara que le devolvía la mirada.

Era de tamaño humano, pero no humana. Tenía más de insecto, pensó: una especie de escultura negra brillante, con un ojo múltiple como un racimo de uva. Y la mitad estaba cubierta de metal plateado, una máscara. Cassie apreció todo esto en el segundo que el susto tardó en recorrer su sistema.

Entonces chilló y retrocedió a rastras. Cuando volvió a mirar, la cara enmascarada había desaparecido.

Josephine Barrow, una de sus vecinas, se acercó caminando y miró desde arriba.

—¿Estás bien, cielo? ¿Te has clavado la pala en el pie?

—¿Me ayudas a salir? —Levantó los brazos.

Cuando Cassie estuvo en la superficie, Josephine dijo:

—Parece que hayas visto un fantasma.

Bueno, había visto... algo.

Cassie miró hacia su casa, a la que estaban casi a punto de ponerle el tejado permanente, y hacia los campos que habían desbrozado para sembrar, y hacia el agujero que ya habían cavado para hacer el arenero donde algún día jugaría su hijo... Miró todo el trabajo que habían empeñado en aquel lugar, todo el amor. No quería abandonarlo.

Pero tampoco quería vérselas con lo que fuera que había en aquel agujero.

—Tenemos que cubrir esto —anunció entonces.

Josephine arrugó el entrecejo.

—¿Después de todo lo que has trabajado?

Cassie pensó deprisa.

—He encontrado agua. Aquí no puede hacerse una bodega; algún día cavaremos un pozo. —Había un montón de madera cortada toscamente apoyada contra la pared de atrás de la casa—. Ayúdame. —Empezó a tender los tablores por encima del agujero.

Josephine la miró de arriba abajo.

—¿Por qué no lo rellenamos y listos?

Porque tardarían demasiado. Porque quería esconder aquello para siempre, antes de que volviera Jeb.

—Más adelante lo rellenaré. De momento ayúdame, ¿de acuerdo?

Josephine la miraba con cara rara.

Pero aun así la ayudó y, para cuando Jeb llegó a casa, Cassie había echado tierra y porquería del suelo del bosque por encima de la madera, de modo que nadie podía saber que allí había un agujero, y hasta había empezado a escarbar el principio de una segunda bodega en el otro lado de la casa.

Y para cuando se sentaron a cenar aquella noche en el porche de su casa, Cassie Poulson ya había iniciado el proceso de olvidar que alguna vez había visto aquella cara enmascarada.

Y unos años más tarde, en marzo de 2040, en Miami, Tierra Oeste 4:

Fue pura coincidencia, convendrían más adelante los historiadores, que Stan Berg naciera en Miami Oeste 4, la misma ciudad huella en la misma Tierra Baja en la que se había criado Cassie Poulson. La misma Cassie Poulson en cuyos terrenos situados en los Altos Megs se había localizado la anomalía de engarce primaria; una anomalía que, al final, sería determinante para la corta vida de Stan Berg y para muchos sucesos más. Raro, pero pura coincidencia.

Por supuesto, el mismo año en que Stan nació, la ciudad empezó a cambiar de manera espectacular a medida que llegaba el primer aluvión de refugiados huidos de unos Estados Unidos del Datum arrasados por Yellowstone. Para cuando cumplió los ocho años, el gobierno y los intereses empresariales habían tomado el poder de un campamento cada vez más poblado y anárquico, que convirtieron en una obra de construcción extraordinaria. Y para el undécimo cumpleaños de Stan, apareció una nueva «estrella» en el cielo, estacionaria sobre el horizonte del sur, que no era un auténtico astro, sino la estación terminal de un incipiente ascensor espacial que descendía hasta la versión local de Florida, construido por una comunidad de habichueleros que para entonces ya incluía a los padres del propio Stan.

Pero fueran cuales fuesen las convulsiones que teñirían la juventud de Stan, lo que no tenía nada de raro era el amor que colmó a su madre, Martha, desde el primer momento en que sostuvo en brazos a su hijo. Y ella, por lo menos, no vio nada raro en la aparente curiosidad con la que Stan inspeccionaba, con ojos precozmente abiertos, el mundo cambiante desde el momento en que llegó a él.

Joshua Valienté siempre se había tomado con escepticismo las anécdotas de Bill Chambers sobre Bromistas, pero volviendo la vista atrás comprendería que, si hubiera prestado

más atención y pensado un poco más a fondo en lo que Bill decía, podría haber obtenido alguna pista temprana sobre el significado de todo aquello. Por ejemplo, lo que Bill le contó en 2040 —el año en que nació Stan Berg— mientras viajaban juntos en dirigible por los Altos Megs, mucho más allá de Nuevo Springfield. Era una historia sobre un Bromista al que Bill llamaba la Bola Blanca.

A decir verdad, Joshua había entrevistado ese Bromista con sus propios ojos. Habían sido él y Lobsang quienes lo habían descubierto, en mitad de aquella franja de mundos relativamente domesticados que se conocía como Cinturón del Cereal, en su primera travesía de exploración de la Tierra Larga, durante la cual Joshua había descubierto el significado del término. «Bromistas —le había explicado Lobsang—. Mundos que no encajan en el patrón. Porque hay un patrón, en términos generales. Pero las series generales se ven interrumpidas por estas excepciones: el Bromista de cada grupo, como los llaman los entendidos en la Tierra Larga...». Joshua ya conocía muchos mundos de esa clase, aunque no hubiera asignado un nombre a la categoría. El Bromista en cuestión era un mundo como una bola de billar, una superficie totalmente lisa e incolora bajo un cielo azul intenso y sin nubes.

Pero aunque había visto el planeta con sus propios ojos, Joshua sabía que no era prudente creerse las batallitas de Bill a pies juntillas. Bill Chambers, que tenía más o menos la misma edad que Joshua, se había criado con él en el Centro, en Madison, Wisconsin. Había sido un amigo, un rival, una fuente de problemas... y siempre un redomado mentiroso.

—Conozco a un tío que conoce a un tío... —dijo Bill en ese momento.

—Sí, ya.

—Que acampó en la Bola Blanca por una apuesta. Una noche, nada más. Solo. Como harías tú. Y además en pelotas, porque eso formaba parte de la apuesta.

—Claro.

—Por la mañana se despertó con un resacón de la hostia. Beber solo nunca es buena idea. Pues bien, el tipo era un cruzador natural. O sea que recogió sus trastos medio atontado y medio a ciegas, y cruzó, pero dice que al hacerlo fue como si tropezase.

—¿Como si tropezase?

—Le dio la sensación de que no cruzaba en la dirección correcta.

—¿Qué? ¿Eso cómo es posible? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, cruzamos al este o cruzamos al oeste, ¿verdad? Están los sitios blandos, los atajos, para quien sepa encontrarlos, pero eso viene a ser todo...

«Cruzar»: en el Día del Cruce el mundo había dado un vuelco en torno a la humanidad. De repente, a cambio del esfuerzo de montar una caja cruzadora, que era un aparato eléctrico muy rudimentario —que algunos, como Joshua, ni siquiera necesitaban—, cualquiera podía cruzar, dar un paso lateral con el que abandonaba la vieja realidad, el viejo mundo, para entrar en otro, idéntico al original pero lleno a rebosar de bosque virgen y plagado de animales salvajes, porque solo en la Tierra original la humanidad había evolucionado y tenido la oportunidad de dar forma a su mundo. Planetas enteros a apenas un paseo de distancia. Y en cualquier dirección, este u oeste, siempre se podía cruzar una vez más, y otra. Si la Tierra Larga, como se conocía a la cadena de mundos, tenía un final, todavía estaba por descubrir. Después del Día del Cruce todo había sido diferente para la humanidad, para la propia Tierra Larga... y, en concreto, para Joshua Valienté.

Pero incluso la Tierra Larga tenía sus reglas. O eso había creído siempre Joshua.

—No sé, pero ese tío tuvo la impresión de que había cruzado en otra dirección. En perpendicular. Como si hubiera cruzado al... norte.

—¿Y?

—Y apareció en una especie de mundo distinto. Era de noche, no de día. Y no había estrellas ni nubes en el cielo. No había estrellas, por decirlo de algún modo. Lo que había...

—Tu estilo narrativo a veces crispa los nervios, Bill.

—Pero te tengo enganchado, ¿a que sí?

—Venga, acaba. ¿Qué vio?

—Vio todas las estrellas. Todas y cada una. Vio la puñetera galaxia entera, tío, la Vía Láctea. Desde fuera.

Fuera de la galaxia. A miles de años luz de la Tierra, de cualquier Tierra.

Bill concluyó:

—Y además seguía en pelotas.

Ese era el problema de los raqueros, había concluido Joshua. Eran unos fantasmas de tomo y lomo. A lo mejor pasaban demasiado tiempo solos.

Pero cuando se paró a pensarlo en febrero de 2052, comprendió que había considerado un fantasma incluso a Lobsang, aunque él fuera un mentiroso construido a auténtica escala cósmica. Cómo deseó haberle hecho caso cuando tuvo la oportunidad.

Ya era demasiado tarde, porque Lobsang había muerto.

Joshua lo había presenciado, a finales de otoño de 2045.

Sally Linsay y él habían estado esperando ante la puerta del Centro, en Madison Oeste 5. Anohecía, y las farolas empezaban a encenderse dando chispazos.

Sally llevaba puesto su equipo de viaje, con la chaqueta de pescador de muchos bolsillos bajo un impermeable y una mochila ligera de cuero a la espalda. Como de costumbre, parecía que fuese a largarse de allí en cualquier momento. Y cuanto más tardasen las hermanas en abrir la maldita puerta, más probable se volvía esa eventualidad.

—Mira —dijo Joshua, en un intento de pararle los pies —, no te pongas nerviosa. Saluda. Aquí todo el mundo quiere verte y agradecerte lo que hiciste por los Sigüientes. Rescatar a esos chavales superinteligentes de aquella cárcel de Pearl Harbor...

—Ya me conoces, Joshua. Hoy en día la gente está haci-nada en estas Tierras Bajas. Y los sitios como este. Como este «Centro», donde te encierran por tu propio bien. Me da igual lo feliz o infeliz que fueras aquí, Joshua, con esas pingüinas.

—No las llares pingüinas.

—En cuanto acabemos, pienso ir a emborracharme como una rata, lo más rápido posible.

—Entonces necesitarás algo más fuerte que nuestro je-rez dulce. —La hermana John había abierto la puerta sin hacer ruido y estaba sonriendo—. Pasad.

Sally estrechó la mano de la hermana con bastante edu-cación.

Joshua las siguió por un pasillo que conducía a lo que, para él, era una inquietante réplica del Centro en el que ha-bía crecido, el original que había quedado destruido hacía mucho en la explosión nuclear del Datum.

La hermana John, que llevaba la cabeza envuelta por un impecable griñón, se acercó a Joshua.

—¿Tú cómo estás?

—Bien. Desorientado por estar aquí.

—Lo sé. El olor no acaba de ser el mismo, ¿verdad? Bueno, dales unas décadas a los ratones para que trabajen y eso se arreglará.

—¿Y tú qué me dices? ¡Ahora eres la jefa! Para mí siem-pre serás la misma Sarah de siempre.

—A la que tuviste que rescatar del bosque en el Día del Cruce. Cuando vuelves, da la sensación de que nos haya-mos hecho todos mayores de repente, ¿no?

—Ya lo creo. Para mí la superiora debería ser una figura imponente, y vieja...

—¿Tan vieja como yo? —La hermana Agnes los esperaba en el umbral del salón del Centro, la habitación mejor decorada de todas, donde las hermanas siempre habían recibido a las visitas.

Pero Agnes parecía inquietantemente más joven que la hermana John. Y cuando Joshua se sometió a un abrazo, notó un levísimo atisbo de artificio, una excesiva suavidad en la mejilla que besó. Y bajo su hábito práctico y algo ajado, una sensación alarmante, casi subliminal, de fuerza sobrehumana. Tras su muerte, Lobsang había *resucitado* a Agnes, descargando sus recuerdos en un androide de aspecto humano pero vacío, a la vez que entonaba plegarias budistas. Para Joshua era como si alguien hubiera convertido a la principal figura materna de su vida en un robot estilo Terminator. Pero hacía mucho que conocía a Lobsang y había aprendido a distinguir al espíritu que habitaba dentro de la máquina. Lo mismo le pasaba ahora con Agnes. Se limitó a decir:

—Hola, Agnes.

—Y Sally Linsay. —Con Sally se dieron un receloso apretón de manos en lugar de un abrazo—. He oído hablar mucho de usted, señorita Linsay.

—Lo mismo digo.

Agnes la escudriñó de arriba abajo, casi con aire de desafío, antes de volverse.

—Y bien, Joshua, ¿dónde está tu familia? Es una pena que estés separado de tu pequeño.

—Ya no es tan pequeño —señaló Joshua—. En fin, ya me conoces. Soy un alma dividida, Agnes. Una parte de mí siempre se siente arrastrada a viajar por la Tierra Larga.

—En cualquier caso, ahora estás en casa. Venid, uníos a la fiesta...

Sentados uno al lado del otro en los blandos sillones de siempre —parte del mobiliario original que se había rescatado del viejo Centro del Datum— estaban Nelson Azikiwe y Lobsang.

Lobsang, o por lo menos ese avatar itinerante en concreto, descalzo y rapado, iba vestido con su ya característico atuendo color azafrán. A Sally le presentaron sin grandes ceremonias a Nelson. Sudafricano de nacimiento y expárroco de cincuenta y tantos años, vestía de manera relativamente sobria, con traje y corbata. La extraña pareja sostenía en equilibrio sobre las rodillas sendas tazas de porcelana y platitos con pedazos de tarta. Una joven hermana a la que Joshua no reconoció andaba de un lado para otro, sirviendo.

También estaba presente la gata Shi-mi, que se acercó a Joshua para obsequiarle con un frote contra sus piernas, a la vez que fulminaba a Sally con una mirada de sus ojos verdes de LED.

Cuando Joshua y Sally se sentaron, Agnes se sumó al círculo mientras la hermana John y su joven compañera servían más té y pastel. Agnes tomó la palabra:

—Bueno, esto ha sido idea mía, Joshua. En este momento de relativa tranquilidad, ahora que se ha calmado un poquito el último estallido de pánico global, cuando todos pensábamos que los niños del supercerebro iban a empujarnos a la extinción, mi plan era traer aquí a Lobsang y reunir a sus amigos por una vez.

Sally puso mala cara.

—¿«Amigos»? ¿Es así como nos ves, Lobsang? Para ti somos más bien fichas de un juego. Moneditas que echar en la máquina tragaperras del destino.

Nelson se sonrió.

—Muy cierto, señorita Linsay. Pero aquí estamos, a pesar de todo.

—Amigos —repitió Agnes con firmeza—. ¿Qué otra cosa hay en esta vida que no sean los amigos y la familia?

Lobsang, tranquilo y bastante inexpresivo, dijo:

—Tu familia, por cierto, está dando que hablar, Sally. Por lo menos tu padre, con sus ideas sobre una nueva clase de desarrollo espacial.